

patria no lloraremos las riquezas que dejamos, ni tampoco tendremos que temer la pobreza; en fin puedo sin faltar al honor librarla á Vd. y librarme de tantos males... No perdamos tiempo : es preciso obrar sin dilacion alguna.

Á estas palabras ejecutivas Olimpia levantando al cielo sus manos juntas exclamó : ¡Oh Dios mio, dignaos de inspirarme! ¡Ay de mí, qué en vano deseo el consejo saludable! en vano advierto y conozco mi flaqueza é imprudencia : aislada, entregada á mi misma veo el precipicio abierto á mis piés! ¡una mano compasiva podria estorbar mi caida, pero me hallo sin proteccion ni guia!... ¡Mi pérdida es infalible! Sufocada con sus lágrimas no pudo continuar estas tristes quejas. Teófilo vuelve á echarse á sus piés suplicándole pronuncie su sentencia; jura quitarse la vida si esta sentencia le es contraria. Atemorizada Olimpia pronuncia desesperada la fatal promesa que fija para siempre su destino.

Luego que Teófilo hubo arrancado el consentimiento de Olimpia se fué dejándola entregada al mas vivo dolor y al arrepentimiento mas amargo.

Inmediatamente volvió Teófilo á su casa : tuvo bastante poder sobre sí mismo para manifestar un rostro sereno. Una conversacion que tuvo por la noche con el Baron acabó de asegurar á este; creyó que Teófilo se habia determinado á cumplir su gusto, y que la ambicion y la vanidad habian apagado su amor antiguo : creyó esto tanto mejor cuanto juzgaba por sí mismo : las almas comunes yerran á menudo en esta clase de cuentas. Teófilo al dia siguiente aparentó no ocuparse mas que en frioleras y preparativos de su boda : supo el Baron con inexplicable gozo que habia pasado parte de la mañana con el sastre y bordadores, y que no habia salido de casa sino para ir á la del maestro de coches á ver el tren de la novia. Sabiendo Teófilo cuántas espías se habian puesto para accharle, tuvo bastante ánimo para no ir en todo el dia á casa de Derval y acostarse sin haber visto á Olimpia. Esta conducta dispó del todo las inquietudes de su padre, que se entregó á toda la alegría que una mudanza semejante debia causarle. Teófilo, que el dia que llegó Olimpia habia hablado un instante con Derval, le habia vuelto á ver despues en secreto en casa del maestro de coches, y le habia confiado á medias su secreto, diciéndole el verdadero nombre de madama de Forlis. Añadió que ella misma le habia obligado á sacri-

ficar un amor desgraciado; que él estaba resuelto á casarse con la Condesita; que Olimpia lo estaba tambien á entrar en un convento distante doce leguas de Paris, del cual era abadesa una tia suya, y que marcharia por la noche, víspera del dia en que debia efectuarse su casamiento. Llegó en fin el dia de ir á vistas. El Baron llevó á su hijo á casa de madama de Lisbé. Teófilo ocultó su interior desasosiego tan bien, y manifestó tanto agrado y serenidad, que el Baron quedó sumamente satisfecho de él : se convino en que al dia siguiente se tomarian los dichos. Al salir de casa de la Condesa Teófilo dijo á su padre que sentia una agitacion que no le permitiria dormir, y que para distraerse de sus reflexiones iria á pasar parte de la noche al baile de la Ópera. Pareciéndole al Baron que esta propuesta era muy natural instó él mismo para que fuese al baile. Teófilo añadió que iria á cenar con Derval; en efecto, á las ocho mandó poner su coche y se encerró en su cuarto. Allí dejándose caer sobre una silla, y no pudiendo contener mas tiempo los remordimientos que despedazaban su corazon, dió libre curso á sus lágrimas. En vano queria apartar de su imaginacion un tropel de reflexiones dolorosas; en vano buscaba medios de ocultarse el exceso de su arrepentimiento; sus ojos se abrian como á pesar suyo; la ilusion se iba disipando, el encanto fatal estaba casi deshecho, pero ya era tarde. No conoció el desventurado Teófilo sus obligaciones y errores, sino para sumergirse con mas amargura y espanto en el horroroso abismo que sus pasiones le tenian preparado. Entre tanto dan las nueve : se estremece... Esta hora, dice, será la última que oiré en la casa de mi padre... esta casa en que ahora reina la paz y el sosiego ¡en qué horrible agitacion estará mañana!... Los sollozos le impiden proseguir...

En fin, valiéndose de todo su valor enjuga sus lágrimas, se arma de resolucion, y no pudiendo resolverse á partir sin abrazar á su padre, sale apresuradamente de su cuarto y se encamina al del Baron. Bien advirtió este que habia llorado, pero no lo extrañó conociendo su sensibilidad; quiso consolarle empleando cariñosas alabanzas. No he hablado bastante, hijo mio, del agradecimiento que me inspira tu sumision, le dijo, pero puedes creer que conozco todo el precio de ella. ¡Oh Teófilo! tu piedad filial asegura la felicidad de mis dias, al mismo tiempo que hará los tuyos venturosos. El cielo oirá las súplicas que le dirijo en favor tuyo : su severa jus-

ticia persigue y castiga á los hijos rebeldes ; pero esto mismo debe hacer esperar justamente á un hijo como tú sus mas ricas bendiciones... Al oír estas palabras que penetraron el atormentado corazón de Teófilo, enajenado, fuera de sí se precipita á los piés de su padre. Enternecido el Baron, le abraza y le bendice... ¡ Con que en este instante, exclamó Teófilo con voz interrumpida, en este instante recibo... la bendicion de mi padre!... ¡ Oh padre amado, prométame Vd. no retractarse nunca!... Si mi conducta en lo venidero... no correspondiese á sus esperanzas... ¡ padre mio!... entónces compadézcase Vd. de Teófilo... será digno de lástima... téngasela Vd... ¡ pero no le eche su maldicion!... — Estoy leyendo en tu corazón; temes que no harás feliz á la esposa que te he escogido : deja de engañarte, hijo mio; no es el amor, ese frágil sentimiento, el que puede hacer venturosa una union que no debe acabar sino con la vida. Conozco tu virtud, tu juicio, no tengo rezelo alguno. Diciendo esto el Baron levantó á Teófilo y le abrazó tiernamente. No há mucho me dijiste, prosiguió, que tenias algunas deudas, te he dado veinte mil libras, y ahora quiero añadir otra suma destinada á tu diversion. En ese buró hay quinientos luisos, tómalos y llévatelos á tu cuarto; ya son tuyos : esta es, hijo mio, una corta muestra de la satisfaccion que me causa tu conducta... — ¡ Ah! dijo Teófilo, no puedo aceptar esa cantidad... no, padre mio; tengo lo que me basta. Admirado el Baron de una escrupulosidad cuya causa no podia alcanzar, hizo inútiles esfuerzos para obligarle á recibir aquel dinero. Finalmente, Teófilo enajenado se separa gimiendo de su padre, y cuando salió de casa creyó espirar de dolor, considerando que no volveria jamas á ella... ¡ Tardísimos arrepentimientos tan amargos como inútiles!... Llegó el infeliz Teófilo á casa de Derval en un estado digno de compasion. Sin embargo, volviendo á ver á Olimpia olvidó, á lo ménos por entónces, su dolor y remordimientos. Olimpia abatida y consternada guardaba un triste silencio. En su rostro se advertian los efectos de los crueles tormentos que habia padecido en aquellos tres dias. Su descaecimiento era tan grande, que ya no tenia fuerzas para quejarse, y casi habia perdido la facultad de reflexionar.

No cenaba Derval en su casa aquella noche ; Teófilo habia llevado consigo todas sus alhajas y un magnífico aderezo de brillantes que su padre le habia regalado el dia anterior. Vendió estas alhajas á

un judío : nunca habia tenido deudas ; por tanto se hallaba con las veinte mil libras que su padre le habia dado para pagar las que él habia supuesto. Este dinero, junto con el que le pagó el judío,



componia la suma de cuarenta mil libras, que Teófilo esperaba ir aumentando empleándola con ventaja en el país mercantil adonde iba á establecerse. El judío, que marchaba aquella misma noche á Inglaterra, habia pedido un pasaporte para él, y otro para Teófilo y Olimpia, bajo los nombres del *signor y signora Andrazzi*. Entregó á Teófilo el pasaporte y el precio en que habian convenido por las joyas y diamantes, y marchó inmediatamente unas dos horas ántes que Teófilo.

Abuelita mia, interrumpió César, siento mucho que Teófilo haya dicho á su padre una mentira ; fingir deudas que no tenia, porque le diese dinero, me parece una mala accion. — No hay duda que lo es ; no obstante, Teófilo tenia nobleza y desinteres, como puedes juzgarlo tú mismo acordándote de que no quiso admitir los quinientos luisos que su padre le ofrecia. — En efecto, como su padre se los daba á título de recompensa, no pudo resolverse Teófilo á recibirlos : este rasgo me ha gustado. — ¿ Le admiras ? — No, señora ; me parece muy natural. — Y tienes razon. Teófilo tenia

veinte mil libras y sus joyas, por consiguiente no estaba expuesto á padecer miseria; hubiera sido un hombre vil si en el instante en que abandonaba para siempre á su padre hubiese admitido un don que le ofrecia, como prueba de las satisfacciones que le daba su obediencia. Esta accion hubiera sido no solo baja, sino tambien capaz de envilecerle: volvamos ahora á nuestra historia.

Á la media noche Teófilo se separó de Olimpia, y fué al baile de la Ópera. Se disfrazó, y despidiendo su coche y criados, les dijo que Derval le llevaria á su casa cuando saliesen del baile. De allí á un instante salió con la máscara puesta, y entrando en un coche de alquiler volvió á casa de Derval: halló á la puerta una silla de posta que Olimpia, conforme á lo que habian dispuesto, habia hecho venir. Condujo, ó mas bien llevó casi arrastrando, á ella á la temerosa y desgraciada Olimpia, y al instante mismo marcharon. Nadie siguió las pisadas de Teófilo; habia tomado varias precauciones que le aseguraban que cuando se llegase á descubrir su fuga, no dudaria el Baron en creer que se hubiese refugiado en España, y en efecto salió muy bien este artificio. Llegaron á Lóndres sin contratiempo alguno; el primer cuidado de Teófilo fué buscar en esta ciudad un sacerdote católico; á media noche, y en presencia de dos criados, recibió con sumo gozo la mano de la triste Olimpia, la cual bañada en llanto durante todo el tiempo de la ceremonia, en nada ofrecia la imágen de una jóven que se une al objeto que ama, ántes mas bien parecia una víctima de la obediencia.

Pocos dias despues de su casamiento, no creyendo Teófilo estar seguro en una ciudad llena de franceses, salió de Lóndres y tomó con Olimpia el camino de Edimburgo. Dejémoslos por ahora en el fondo de la Escocia; básteos saber que pasaron la mayor parte de su juventud entre la oscuridad, las lágrimas é infortunios.

Volvamos al desventurado padre de Teófilo. Algun tiempo se pasó ántes de que supiese la fuga de su hijo. Este habia salido de Paris á la hora en que el Baron solia acostarse: á la mañana siguiente supo que Teófilo no habia vuelto, pero no lo extrañó imaginándose que estaria con Derval. No obstante, á las diez envió á casa de este, y le informaron que Derval al salir del baile de la Ópera habia ido con algunos amigos á almorzar á una casa de campo que tenia á una legua de Paris. Entónces el Baron no esperó á su hijo hasta la hora de comer; pero á las tres de la tarde empezó á entrar

en cuidado, y con sobrada razon, puesto que Teófilo, naturalmente juicioso y arreglado en su conducta, nunca habia hecho una ausencia tan larga de su casa. Inquieto y rezeloso toma un caballo el Baron, y va él mismo á la casa de campo de Derval, en donde sabe que Teófilo no estaba en ella. No pudo sacar muchas luces de Derval, quien por temor de cometer alguna indiscrecion nociva á su amigo, satisfizo con reserva á las preguntas del Baron, y aun le dió á entender que habia pasado toda la noche en el baile con Teófilo.

Esta circunstancia tranquilizó un poco al Baron: volvió á su casa, y fué en derecha al cuarto de su hijo. Hizo abrir los cofres y papeleras que habia en él, y no hallando ni sus joyas ni sus diamantes, acordándose entónces de la situacion en que la noche ántes le habia visto al tiempo de su despedida, no pudo ya dudar de su desgracia. Todas las informaciones que hizo le persuadieron que su hijo se habia refugiado á España: Teófilo habia dejado con mucho arte varios indicios que naturalmente debian producir este error; por tanto el Baron no dudó en creerlo cierto, y se determinó á ir á España siguiendo en persona los pasos de su hijo. Al punto marchó, y recorrió toda la España; pero á su vuelta el cansancio y pesadumbres le obligaron á detenerse en Zaragoza. En esta ciudad cayó gravemente enfermo: su convalecencia fué muy larga, le aseguraron los médicos que no podia restablecerse enteramente si no iba á las aguas de Barege, por lo cual se determinó á pasar tres meses en aquel lugar. Las reflexiones dolorosas que tuvo tiempo de hacer en aquella soledad agravaron mas sus males: el arrepentimiento mas amargo acabó de completar su desgracia. ¡Perdia un hijo único y querido, y le perdia por su culpa! Sus artificios se habian vuelto contra él, y se contemplaba víctima de la violencia que habia empleado contra su hijo: entónces conoció, aunque tarde, lo peligroso que es abusar del poder, y cuán gran necedad es sacrificar á la ambicion la equidad, el honor y la humanidad. Se hallaba dueño de inmensas riquezas; ¿pero de qué le servian? ¡ya no tenia hijo! Acordábase con dolor de las gracias, dulzura y virtudes de Olimpia; no podia dejar de confesar que hubiera hecho felices á uno y otro; tampoco podia condenar en Teófilo una pasion que él mismo habia fomentado; y lo que acababa de desesperarle era la certeza en que estaba de que nunca Teófilo hubiera abandonado á su padre y patria si no se le hubiese querido violentar á casarse con

otra. En efecto, si el Baron se hubiese limitado á declarar que no daría su consentimiento para la union de Teófilo y Olimpia; si no hubiese amenazado á este con privarle para siempre de su libertad si persistía en rehusar la mano de la Condesita, no hay duda que Teófilo, llorando la injusticia de su padre, se hubiera sujetado á su voluntad: y si era cierto que Olimpia fuese estimable y digna del sumo amor que le habia inspirado, ella misma le hubiera determinado con el tiempo á sacrificar una pasion desgraciada.

Todas estas reflexiones hizo el Baron. Es cierto que nunca habia tenido la bárbara intencion de privar á su hijo de la libertad, y que solo habia querido intimidarle con esta terrible amenaza; pero conoció finalmente que el temor produce el disimulo, mas no la obediencia. Cuatro meses pasó el desgraciado Baron en Barege; despues volvió á Paris, esperando que aun podria volver á hallar á su hijo, y aunque se habia pasado cerca de un año desde su fuga, no omitió medio alguno para descubrir su asilo. Envió á Inglaterra, á la Suiza y á Holanda á un hombre de confianza, que hizo para lograrlo las mas exactas pesquisas, pero todas fueron vanas. Entonces acabó de perder toda la esperanza: una melancolía profunda se apoderó de él. Varias personas le aconsejaron que volviese á casarse, y la Condesa de Lisbé, que era su mayor amiga, le repetía continuamente que una mujer amable era el único medio de hacerle olvidar un hijo ingrato. Al principio desechó el Baron este consejo; pero aun era jóven, pues no tenia mas que cuarenta y cuatro años; se consideraba aislado, era ambicioso y desgraciado, causas que fueron bastantes para que al fin se dejase seducir. La oferta de un enlace brillante, y el deseo de tener hijos, le determinaron á casarse con la Condesita de Lisbé, la misma que estaba destinada para Teófilo. Lisonjeábase el Baron de que le recompensaria de las desgracias de que ella misma era causa inocente; pero esta ilusion duró poco.

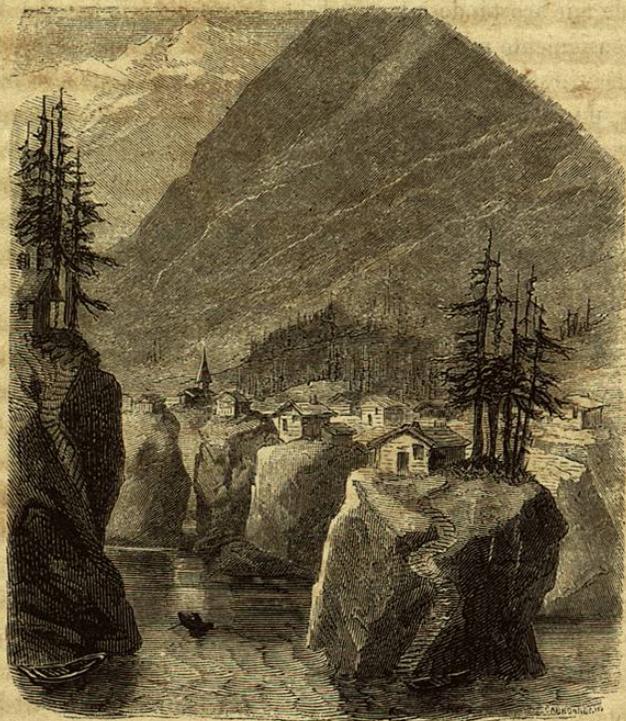
No tardó mucho tiempo el infeliz Baron en conocer el genio de su mujer. Tenia esta harto poco juicio para hacer gala de la desenvoltura y de su inclinacion á la independenciam. Tan ignorante como ociosa, su conversacion era igualmente frívola é insípida. Tenia ademas todos los vicios propios de una coqueta que no puede disimularse que no es bonita; era envidiosa, murmuradora y de genio desigual: tenia mala cabeza, la imaginacion desarreglada y el alma

fria; finalmente, careciendo de reflexion, de principios y de sensibilidad, no podia, ni hacer feliz á su marido, ni aprovecharse de los consejos de su madre, ni aun sacar utilidad de sus propias faltas y de la experiencia. Luego que tuvo la libertad de ir sola á todas partes casi no se la veia en casa. Hacia visitas, no por cumplir sino por gastar en ellas tres ó cuatro horas del dia; la misma razon le hacia ir á los teatros: no hallaba gusto ni en la comedia ni en la ópera; pero como estas funciones duran tres horas, al entrar en su aposento sentía un gran gusto pensando que iba á libertarse de todo aquel tiempo. Gustaba naturalmente del *loto delfin*, pero por grande que fuese el gusto que hallaba en esta diversion, no hubiera jugado todos los dias hasta las tres de la mañana, á no ser por la agradable idea de que acostándose tan tarde se levantaria á la una del dia, y por consiguiente *no tendria mañana*. Este era siempre su modo de calcular, y este es tambien el de todas las personas, que no sabiendo hacer un empleo útil del tiempo, ponen todos sus esfuerzos en abreviar la vida.

El Baron, gimiendo sobre la conducta de su mujer, se acordaba á menudo, como á pesar suyo, de que Teófilo no habia huido sino por no verse obligado á casar con la misma persona que hacia el tormento del padre despues de haber causado la pérdida del hijo. ¡Oh Teófilo, exclamaba el Baron, mas que padre he sido tu tirano! yo te sacrificaba á mi vanidad: el cielo me castiga ahora del modo mas sensible, aunque el mas justo. ¡Ah, ahora sí que conozco cuánto me engañaba en la eleccion que habia hecho para ti, y lo fundada que era tu resistencia! el orgullo y la ambicion me cegaban, y soy dos veces víctima de mis yerros: he perdido á mi hijo, y padezco todos los tormentos que él hubiera sufrido si me hubiese obedecido.

Solo sirvió el tiempo de acrecentar los pesares del Baron, hasta tanto que su mujer se entregó al desorden con tanto escándalo, que su marido de acuerdo con su familia la hizo encerrar en un convento, en el cual murió la infeliz ántes de un año. De este modo vió el Baron disuelto al cabo de cinco años un lazo funesto y justamente detestado. No habia tenido hijos de su segundo casamiento; se volvió á ver mas solo que nunca. Oprimido de tristeza y de tedio, cansado de su existencia, y perseguido por el continuo recuerdo de un hijo querido, cuya ruina era obra suya, determinó viajar, buscando

en los países que no habia visto objetos de distraccion que pudiesen hacerle olvidar sus penas, ó á lo ménos apartar por algun tiempo las dolorosas reflexiones que le aquejaban. Partió para Dinamarca embarcándose en una nave mercantil : un huracan violento le arrojó sobre las costas de Noruega. Hallóse la nave en medio de una multitud de isletas y con grave riesgo de zozobrar : algunos pilotos prácticos vinieron á socorrerla, y la guiaron á una cala rodeada de altas montañas, que la guarecian de los vientos y tempestades. Luego que hubieron desembarcado fué recibido el Baron en una casa que hacia parte de un lugar, cuya singular situacion fijó toda su atencion.



Este lugar se compone de unas treinta casas todas construidas sobre puntas de peñascos que entran en el mar, y detras de ellas hay montañas que parecen tocar con las nubes, y cubiertas de pinos, enebros y otros árboles. Cada habitacion está aislada y sepa-

rada de la casa inmediata por un precipicio, ó por el mar. Las casas están á muy corta distancia unas de otras, pero no tienen comunicacion por tierra, á ménos que los habitantes dando una vuelta muy larga no trepen por entre peñascos y breñas casi inaccesibles. En tiempo de verano la comunicacion se hace por medio de los barcos que les sirven para la pesca, y tambien para ir á visitar á algun vecino, porque aunque se hablan de una casa á otra, no pueden pasar á ella sin embarcarse. Esto es causa de que entre ellos los niños de seis ó siete años saben gobernar una canoa. En tiempo de invierno el hielo les franquea una comunicacion mas pronta y fácil. El alimento de estos isleños se reduce á pescados, pan de centeno, y una especie de tortas hechas con miel, pasas y harina. Todos ellos viven con iguales conveniencias : los hombres, que son excelentes marineros, no se casan hasta despues de haber viajado. El dinero que ganan en el tiempo de esta expatriacion les sirve á su vuelta para adornar sus casas, que todas están pintadas y barnizadas exteriormente, y en lo interior adornadas segun estilo de los lugares de Holanda. Luego que un muchacho de vuelta de sus viajes ha hecho eleccion de una compañera, se establece para siempre en el peñasco que le ha visto nacer. En él encuentra la felicidad, y no concibe que haya quien vaya á buscarla léjos de sus parientes, de su mujer é hijos. El vestido de todos los habitantes de este lugar es uniforme. Los hombres tienen vestidos azules, las mujeres llevan corsés y jubones de tela blanca con un ribete de galón de seda ó lana azul : el peinado de las jóvenes consiste en solo sus cabellos hechos trenzas, y sujetos sobre la cabeza con un largo alfiler de oro. Finalmente, esta poblacion es tan apreciable y digna de verse por sus virtudes y pureza de costumbres como por lo extraño de su situacion<sup>1</sup>.

La casa en que entró el Baron era de un hombre que hablaba bien el aleman : el Baron sabia esta lengua, de modo que no necesitó de intérprete : su huésped era un venerable anciano de edad de setenta y dos años. Este hizo entrar al Baron en un cuarto compuesto y alhajado con mucho primor, cuya ventana daba vista al mar. Hizo el Baron varias preguntas al anciano : le preguntó entre

<sup>1</sup> La autora ha sabido estos pormenores de uno de sus amigos, que ha estado cinco dias en este lugar, llamado l'Ange-Sund.

otras cosas si tenia mucha familia. Sí, señor, gracias al cielo, respondió él; tengo seis hijas todas casadas en este lugar, y además tengo en casa un hijo, su mujer y siete nietos hijos suyos. — ¿No se ha casado aun alguno de sus nietos de Vd.? — Sí, señor; el mayor es padre de una niña de tres años. — ¡Segun eso ve Vd. los hijos de sus nietos!... — Y tengo la fortuna de ver todavía á mi madre... — ¡Su madre de Vd.! ¿pues qué edad tiene? — Noventa y seis años, pero aun está buena. — ¿Y vive con Vd.?... — Sí, señor. — No dudo que Vd. haga sus dias felices; pero quisiera saber, venerable anciano, ¿si es feliz tambien por sus hijos?... — ¿Cómo podrá dejar de serlo un buen padre? Los míos nunca me han dado sino motivos de satisfaccion : los he criado lo mejor que he podido, y he procurado que se casasen segun su inclinacion : me quieren en extremo, y eso es natural... — ¿Pues qué, ninguno de ellos le ha desobedecido á Vd. alguna vez?... — Nunca les he mandado cosa que no fuese conforme á la razon, y siempre los he llamado dóciles y obedientes. No hay duda que si hubiese usado de tirania, habria perdido parte de mi autoridad. Mire Vd., Imarkin, mi hijo mayor, hubiera dado muchas pesadumbres á un padre ambicioso. Cuando volvió de sus viajes le propuse por mujer la hija del mas rico vecino del lugar. Padre mio, me dijo, déjeme Vd. pensarlo. Algun tiempo despues vino á hablarme : me confesó que amaba á Kenilia, sobrina de nuestra vecina. Yo le opuse que era pobre : él me repitió : Yo la quiero; todos los dias desde mi ventana la veo trabajar, hacer todas las haciendas de la casa y cuidar de su anciana tia. Cuando la encuentro pescando y quiero acercarme á ella, al punto vuelve su barco á otro lado, y huye del mismo modo de todos los mozos del lugar. Es buena, modesta, laboriosa; padre mio, yo amo á Kenilia. ¿Qué podia yo responder á esto? prosiguió el anciano; póngase Vd. en mi lugar : ¿hubiera Vd. sacrificado la felicidad de su hijo á la avaricia? No lo creo : ¿qué corazon de hierro podria resistir á un hijo que suplica y que pide una gracia de la cual depende la felicidad de su vida? Di mi consentimiento, y se casaron; hace ya treinta años que me bendicen con el afecto del mas vivo agradecimiento. Ninguno de mis hijos excede á Imarkin en amor y respeto para conmigo. Y mire Vd., despues de casado me confesó que si hubiese querido violentar su inclinacion hubiera sido capaz de hacer alguna locura; se hubiera embarcado y huido

de aquí para siempre : estos son los frutos de la tirania; casi siempre es causa de la rebeldia y desobediencia.

Grande fué la turbacion y desasosiego que causaron al Baron estas razones, que volvian á abrir todas las heridas de su corazon. Despues de este razonamiento el viejo condujo al Baron á la sala donde estaba junta su familia. Él mismo presentó el Baron á la anciana tatarabuena de edad de noventa y seis años, tierno y respetable objeto de los esmeros y dulce afecto, ó mas bien del culto de toda la familia : estaba sentada en una silla en medio de sus nietos y biznietos. Era por la noche y la hora de la velada. Imarkin, el hijo mayor del viejo, sentado al lado de su amada Kenilia, contaba algunos cuentos ó relaciones de viajes, que las mujeres y las solteras escuchaban hilando, y que fijaban toda la atencion de los mozos que aun no habian viajado.

Algun tiempo estuvo considerando el Baron aquella estimable familia, y despues se retiró á su cuarto. Luego que estuvo solo, mil crueles reflexiones se presentaron de golpe á su imaginacion. ¡Desventurado de mí, decia, que me veo reducido á envidiar la suerte de este pobre anciano! Yo he desconocido, he sacrificado y he perdido para siempre esa felicidad tan pura, que él disfruta en el seno de su familia... ¡yo era padre, y ya no tengo hijo! ¡Hubiera yo podido como este anciano hacer feliz á mi hijo, disfrutar de su gratitud, recibir sus hijos en mis brazos, y ver crecer al rededor de mí su venturosa familia!... ¡Pero me he privado de un hijo, y me hallo solo en todo el universo!

Hablando así el desgraciado Baron se paseaba por el cuarto regando el suelo con sus lágrimas; gran parte de la noche se mantuvo en esta horrible agitacion. Unas veces se persuadia á que Teófilo ya habria muerto; le lloraba, y creia ver su sepulcro : otras se le representaba oprimido del peso de la miseria é infortunio, implorando al cielo en favor de su esposa é hijos; se le figuraba que oia sus gemidos y voces, y la fuerza del horror y compasion le hacian perder los sentidos. Maldecia, aborrecia la culpable ambicion, y el orgullo insensato que habian ahogado en su corazon la equidad y los mas dulces impulsos de la naturaleza, entregándole para siempre en manos de inútiles arrepentimientos y de sinsabores eternos. La fatiga y el abatimiento le obligaron á echarse sobre su cama, y al cabo de algunas horas, cuando ya se iba entregando al sueño,

despertó con el ruido que oyó de varias canciones alegres, acompañadas de mil gritos de contento. Conoció que aquel ruido venia de fuera : abrió la ventana y vió diez ó doce barcas muy pintadas y adornadas de ramos, llenas de hombres, de mujeres y de niños, y que parecian poseidos del gozo mas vivo. Aquella pequeña flota se iba acercando á la casa en que habitaba. Á este tiempo entró en su cuarto el anciano, y le dijo, que todas aquellas barcas estaban llenas de sus hijos y nietos. Tengo seis hijas, continuó el anciano, que son las que Vd. ve con sus maridos y familia : todos vienen á celebrar los dias de mi madre. Todos los años en este dia tenemos una funcion semejante. ¡ Dios quiera hacerme ver hasta el fin de mi vida esta funcion tan grata para mí!... — Pero no cabrán todos en esta casa. — Así es, y por eso no vivimos todos juntos; pero ayudado de mis hijos y yernos voy á llevar á mi buena madre á aquel barco adornado con cintas, y que tiene una especie de dosel, y luego la conduciremos á una legua de aquí en la playa del mar, en donde hallaremos una buena comida prevenida, y tendremos el gusto de comer juntos debajo de una tienda. Esta mañana nos hemos levantado al amanecer para ir á pescar : tenemos mucho y buen pescado, porque Dios bendice siempre esta pesqueria. Nuestras criadas y algunas de nuestras hijas se han quedado en la tienda para prevenir la comida. Si Vd. quiere ver hombres felices, prosiguió el anciano, véngase con nosotros.

Diciendo esto agarró al Baron de la mano y le llevó al cuarto de su madre, á la que hallaron cercada de todos los de la familia que habian podido entrar. Tenia la anciana en su regazo un niño recién nacido. Luego que vió á su hijo : Ven, hijo mio, le dijo, ven á echar tu bendicion al niño que nos ha nacido esta mañana. No podrá nuestra querida *Velia* asistir este año al banquete de familia, porque ha parido en tanto que estábais pescando. Mira, mira, ¡ qué hermoso regalo nos envia! Entónces enternecido el viejo tomó al niño en sus brazos, le besó, y se le volvió á la anciana, que no podía resolverse á apartarle de sí. Despues que le hubo contemplado otro rato con un gozo inexplicable se resolvió por fin á marchar. El viejo, ayudado de sus hijos y yernos, trasportó á su madre en una silla poltrona á la barca que la estaba destinada, la única que tenia dosel y que estaba adornada con cintas.

Luego que la venerable anciana ocupó su puesto se renovaron las

canciones, los gritos y aclamaciones. Esta era la señal de partir : colocaron al Baron por distincion en la barca de la madre (que así llamaban todos á la anciana), y despues de tres cuartos de hora de navegacion llegaron al sitio señalado. Las mujeres y muchachas que se habian quedado en la tienda para prevenir la comida llegaron corriendo á recibir á la *madre* : hallándose entónces junta toda la familia, al punto la madre salió del barco y su hijo se puso de rodillas delante de ella, pidiéndole su bendicion para él y para todos sus hijos. Entónces la *madre* levantando al cielo sus manos trémulas exclamó : ¡ Oh Dios mio! ¡ concede á mi hijo hasta el último instante de su vida la felicidad de que me has hecho gozar! ¡ Haz que sus hijos sean siempre para él lo que él ha sido constantemente para mí! ¡ Bendice, oh Dios mio, á todos estos hijos tan amantes y respetuosos que son las delicias de mi vejez, y corra por tu cuenta recompensar á mi hijo los setenta y dos años de felicidad que debo á su amor y á sus virtudes! Al acabar aquella buena y respetable madre estas palabras juntó su rostro al de su hijo enlazando los brazos á su cuello; las dulces lágrimas que vertian sus ojos se mezclaron con las que derramaba el venturoso viejo : toda la familia se arrojó llorando, cuál á los brazos de la madre, y cuál á los del hijo, y todos recibieron de ambos un amoroso abrazo acompañado de las expresiones del mas vivo y tierno afecto. Despues de esta ceremonia tan piadosa se sentaron á la mesa, y al enternecimiento tan dulce que se acababa de experimentar se siguió la inocente y pura alegría. Acabada la comida llevaron á la *madre* á una pradera deliciosa, en la cual pasaron la tarde jugando á diferentes juegos, ya corriendo ó ya bailando. En fin, al anochecer volvieron á embarcarse y condujeron á la madre á su casa.

¿Quién será capaz de expresar lo que el Baron padeció en aquel dia? Su corazon se despedazaba al ver aquellas imágenes de felicidad tan pura que excitaban en su pecho el arrepentimiento mas cruel; sin embargo, á pesar de lo acerbo de sus reflexiones, no pudo apartarse sin enternecerse de sus respetables huéspedes y de aquella feliz morada. Volvió á embarcarse y salió de l'*Ange-Sund* mas desgraciado y digno de lástima que nunca. El navío se hizo á la vela para Holanda, y llegó á Amsterdam á fines de Agosto. Estuvo allí algunos dias y despues fué á Utrech. Esta ciudad dista dos leguas de la habitacion de los *Hermanos Moravos*. Llámase así una numerosa socie-